

CAPITULO VI

Nada hay, después de todo, tan limitado como el conocimiento humano. Un hombre dedica su vida entera al estudio de una estrella, de un planeta, de un ave, y muere sin saber la mitad de lo que buscaba. Otro dedica sus pensamientos y su atención á la resolución de un problema que deja por último sin resolver. Silvia Rymer no tenía más que un objeto en su vida: encontrar al perdido esposo. ¡Y ahora vivía bajo el mismo techo que la segunda esposa de su marido, vez, sabía de Silvia. Estaban destinadas á encontrarse y se habían encontrado, pero sin reconocerse. Las dos traicionadas por el mismo hombre, habían pisado, por último, el mismo sendero.

La mañana, después de su llegada, lady Dynecourt, salió sola por los jardines. Amaba, casi tenía pasión por los árboles, y al divisar desde su ventana la hermosa alameda de castaños, tuvo deseos de contemplarlos de cerca. Mrs. Greville era demasiado cumplida para importunar á huéspedes. Si éstos gustaban de dar un solitario paseo, pareciale del mejor tacto respetar aquel gusto; así lady Clotilde Dynecourt discurría bajo los castaños, sintiéndose más tranquila y feliz que lo había estado hacía mucho tiempo. Se detuvo á escuchar el tenue gorjeo de los pájaros, á contemplar las blancas campanillas de la primavera.

El sonido de una risa infantil la llamó la atención; una explosión de melodiosas risas que parecía alegrar el ambiente. Volvió la cabeza con dulce, brillante sonrisa. Como muchas mujeres á quienes el cielo ha negado hijos, sentía un cariño apasionado por los niños. Vió á lo lejos á un niño que jugaba, y á Mrs. Rymer que se dirigía hacia él. Lady Clotilde se encaminó presurosa á reunirse con ellos.

—¿Es éste su hijo?—preguntó, y Silvia levantó la cabeza con débil sonrojo.—¡Cómo le envidio á usted!—continuó milady.—Si me hubiesen dado á elegir entre todo el dinero del mundo y un hijo, hubiese elegido un hijo.

Silvia la miró con expresión de gran simpatía. —No me admira.—dijo;—quizás no haya don más precioso en el mundo.

—A veces me preocupo.—continuó lady Dynecourt.—¡Leo cosas tan atroces y crueles en los periódicos, acerca de niños asesinados maltratados, dejados perecer de hambre! Si Dios me hubiese concedido uno, me hubiera desvelado por él... y les son concedidos á los que son indignos de tenerlos. A veces me pregunto cuál sería la razón.

—Yo también he pensado en ello,—dijo Silvia; y ambas se encaminaron á lo largo de la alameda.

—A mí,—observó lady Clotilde,—me parece una cosa muy dura. Mi marido ansía intensamente por un hijo y heredero. La fortuna, á su muerte, pasa á manos extrañas, un pariente remoto,

simo á quien no tiene afecto; esto viene á agravar nuestra pena. Toda alusión al futuro hace que mi corazón se oprima. Cuando le veo indiferente á todo lo que se relaciona con sus bienes, pienso que es porque sabe que un extraño le ha de suceder.

—Debe ser para usted una gran pena,—observó Silvia,—y lo comprendo perfectamente.

Le interesó profundamente lady Clotilde; habla en aquella dama algo muy dulce é irresistible.

De pronto, con nuevas risas, Cirilo corrió hacia ellas. Silvia se detuvo y le tomó en brazos; apartó de la frente del niño los sedosos bucles, y luego, con maternal orgullo, dijo:

—Este es mi hijo, lady Dynecourt.

—¿Qué había ocurrido?

—¿Qué había en el semblante de la criatura que parecía haber petrificado á lady Dynecourt?

Se puso blanca como la nieve, y había en sus ojos una expresión entre admirada y lastimera. Haciendo un poderoso esfuerzo pudo recobrar-se.

—¡Cuán extraña debo parecerle á usted!—dijo.—Pero hay en ese semblante algo que me es tan familiar... como si hubiese vivido siempre con él!

—Es raro,—replicó Silvia;—sin embargo, Mrs. Greville dice lo mismo.

La palidez aumentó en el rostro de lady Clotilde.

—¿Dice lo mismo? ¿Se ha fijado?—preguntó anhelante.

—¿Fijado en qué?—preguntó Silvia á su vez con asombro.

Entonces lady Dynecourt recapacitó y se dominó.

—Quería decir que si ella también le encontraba parecido con alguien que le era familiar.

—Así me dijo,—contestó Silvia.

Lady Clotilde sentóse en un asiento rústico y puso á Cirilo sobre sus rodillas. Fija ansiosamente, con ojos llenos de admiración, examinó cada facción del lindo rostro infantil. No había duda: no la engañaba su imaginación; no era una fantasía.

El semblante que contemplaba se parecía grandemente al de su marido Basilio, lord Dynecourt; se parecía como una gota de agua á otra.

No sabía á qué atribuirlo. Naturalmente que debía ser pura casualidad; sin embargo, ¿podía haber nada tan chocante? Cada línea de los rizados bucles caía precisamente de la misma manera; el color de los ojos, lo sedoso de las largas pestañas; la semejanza no podía ser más perfecta. Era puro accidente, y, sin embargo, le producía extraña pena.

—¿Por qué un extraño tenía su cara? Lady Clotilde suspiró profundamente, y dos candentes lágrimas oscilaron en sus párpados.

—¿Hace mucho que murió su esposo de usted?—preguntó.

—Hará cosa de seis años que le perdí,—contestó Silvia evasivamente.

—¿Tenía parientes en Inglaterra? ¿Era inglés?—volvió á preguntar lady Clotilde, y sus

ojos parecían como querer leer los pensamientos de Mrs. Rymer.

Esta pudo contestar sinceramente que su marido jamás le había mencionado pariente alguno.

—¿Le amaba usted mucho?—continuó lady Clotilde, gentilmente.

—Un vivo sonrojo coloreó el semblante de Silvia.

—¡Mil veces más que á mi vida!—contestó.

—Así comprendo yo el amor. Tengo la opinión de que en el amor no existe igualdad. Uno lo da todo, otro lo reserva todo. No creo posible encontrar dos esposos que sientan el mismo grado de amor el uno hacia el otro.

—Esa doctrina no es tan terrible como algunas de Mrs. Greville,—observó Silvia sonriendo;—ella no cree absolutamente en el amor.

—En eso anda equivocada; mucha infelicidad puede nacer del amor; pero, sin él, el mundo sería más triste de lo que es.

Hasta entonces no había saltado al niño ni dejado de mirarle. Preguntóle su nombre, y él respondió en el acto:

—Cirilo Rymer.

—Oh... ¡Hasta el timbre de su voz! ¿Era una mofa? Hubiera podido imaginar, cerrando los ojos que hablaba lord Dynecourt.

—No puedo menos de pensar,—dijo á Silvia,—que conozco á algún pariente de su marido... ¡Me son tan familiares este rostro y esta voz! ¿Conoce usted algo de la familia de su marido?

Era un alivio contestar la verdad; no, no conocía nada. Empezó á admirarse de las extrañas maneras de lady Clotilde. ¿Qué le hacía recordar su hijo? Sus ojos casi formularon la pregunta, y lady Dynecourt lo vió; trató de reprimir su vehemencia y su curiosidad; hablóle al pequeño, escuchando deleitada sus respuestas.

—Pero, Cirilo,—le dijo,—pronto serás un hombrecito!

—Quisiera serlo ya,—contestó él;—entonces podría cuidar siempre de mi mamá.

—¿Tanto la quieres?—preguntó milady con dulzura.

—Es todo lo que tengo en el mundo,—replicó Cirilo con inconsciente pasión;—y la amo más que á todo el mundo.

—Si fuese mío!—dijo milady Clotilde.—Daría todo lo que poseo, Cirilo... todo cuanto tengo en el mundo... por un hijo como tú.

Cirilo se echó á reír, encontrando peregrina la idea de otro niño como él; después Silvia le dijo que fuese á jugar, pues milady podía estar cansada.

El niño miró el melancólico rostro con dulce sonrisa, y luego echó sus bracitos al cuello de milady.

—¿Es usted una señora muy bella,—dijo,—y la quiero á usted mucho!

Lady Clotilde le besó y le dejó marchar, con lágrimas en los ojos. Después levantóse súbitamente y se alejó. Silvia no quiso seguirla; pareció comprender instintivamente que la aponada dama prefería estar sola.

Peró después de aquel día era admirable ver

el cariño que lady Dynecourt le tomó al niño; siempre estaba preguntando por él, siempre pidiendo que le dejasen con ella.

—Espero que tendré el gusto de ver á Cirilo en Londres,—dijo una vez.—Sea usted buena conmigo, Mrs. Rymer, y déjemelo tener una semana en casa.

Y Silvia, que hubiera hecho cualquier cosa por complacerla y consolarla, le prometió viendo que lo tendría siempre que quisiera.

¿Cuán poco sabía que era á casa de su padre donde el niño había sido invitado; la casa que, si prevalecía la justicia, sería suya un día!

CAPITULO VII

Que el matrimonio es una lotería, es un dicho exacto; unos sacan altos premios, otros decepciones; es indudable. El mundo no se había detenido á considerar los resultados del matrimonio de lady Clotilde. Algunos, que no habían profundizado más allá de la superficie, lo reputaban feliz. Generalmente, se veía juntos á lord y á lady Dynecourt; nadie sabía que entre ellos se hubiese cruzado la menor expresión desagradable; el esposo era, según todas las apariencias, bueno, considerado y atento, y la esposa feliz.

Era una lástima que lord Dynecourt no tuviese un heredero; todo el mundo convenía en este punto; pero "cada cual sabe la leña que se quema en su casa" y lady Dynecourt no era una excepción de la regla.

Se había casado con lord Dynecourt porque le amaba y esperaba con él una especie de felicidad ideal. Vió tan sólo el mejor y más brillante lado de su carácter; estaba dispuesta á hacer un héroe de él. No pensaba que pudiera hacer nada que no fuese bueno y grande. Le amaba excesivamente. Ella había sido muy admirada, muy solicitada; había tenido muchos pretendientes, pero el único hombre que hizo patria en su corazón fué Basilio, lord Dynecourt, y luego no se cuidó de ninguno más.

Jamás hubo casamiento que se presentase bajo mejores auspicios; ambos jóvenes, guapos, ricos y de elevada alcurnia; todo cuanto hace la vida apetecible; el futuro para ellos parecía tan brillante como el sol que resplandecía para ellos la mañana de sus bodas, sin una nube que alterase su diáfana claridad.

¿Qué frutos, pues, había dado semejante matrimonio? ¡Excelentes! decía el mundo. ¿Qué decía lady Clotilde? Aun á su propio ser repugnaba decir la verdad; había tenido una decepción; era infeliz; algo sin nombre, una sombra se había interpuesto entre su marido y ella; una distancia, una frialdad que iba aumentando á medida que pasaba el tiempo. Ella no podía explicarlo; no podía decir lo que era; ni recordar siquiera cómo había empezado. No podía señalar el primer origen de esta frialdad, de este sentimiento de decepción que tan pronto había destruido su felicidad. ¿Era acaso porque imaginaba que él no la tenía un amor tan excesivo, tan grande y generoso como el suyo? ¿Acaso le en-

contraba menos noble, menos heroico, más vulgar de lo que ella había esperado? ¿Era quizás porque á veces, en el silencio de la noche, oía el nombre de otra mujer en sus labios, y palabras de ternura como nunca le había dedicado á ella?

Recordaba muy bien cuando ocurrió esto por la primera vez, cómo le había escuchado con el corazón palpitante, y cómo, al nacer la aurora, le había preguntado:

—B. ¿soñabas en mí anoche?

Riéndose de la pregunta y de la ansiosa faz, él contestó:

—No; debiera avergonzarme de la confesión, pero, en verdad, no.

—¿A quién, pues, llamabas "amor mío" y hablabas tan cariñosamente?

—No sabía siquiera que habiase durmiendo,—replicó lord Dynecourt apresuradamente.

—Pues sí, hablas con bastante frecuencia. Basilio, no tengas temor de decirme... ¿Has amado á alguna mujer antes de conocerme á mí?

El contestó con una sonrisa desouidada:

—Pero, ¿qué pregunta, Clotilde! Yo no era una estatua, ni vivía en un desierto... y los hombres, querida mía, somos hambres.

—Eso no es contestar á mi pregunta,—observó milady, concriendo la evasiva.—¿Amabas á alguna mujer antes de conocerme á mí?

—Seguramente puedo afirmarte, Clotilde, que he estado padeciendo de amor crónico desde que cumplí los siete años hasta la fecha.

—No te creía un enamorado de tanta fuerza,—observó lady Clotilde, ligeramente mortificada.

—¿De veras? Me admira que no hayas conocido mi flaco mucho antes de ahora!

—No quieres contestar á mi pregunta,—insistió la esposa.—No quieres decirme si realmente amabas á alguien antes de amarme á mí.

De nuevo la ligera risa que hería sus sentimientos y la apenaba, y después él replicó jovialmente:

—Naturalmente... no he querido á ninguna mujer la milésima parte de lo que te quiero á tí.

Pero el timbre de las palabras era falso y milady comprendió que ellas también lo eran, y desde aquella hora una oscura sombra, lenta, pero incesante, se interpuso entre ellos.

Era una mujer demasiado noble para dar oídos á su curiosidad; pudiera haber escuchado lo que él decía en sueños, haber buscado entre sus papeles; haberle espiado de cien maneras diferentes; pero era demasiado digna para esto.

Quedaba desvanecido el gran sueño de su vida; no podía forjarse ya la ilusión de ser el único objeto del amor de su marido. Cruces eelos y dudas habían comenzado su fatal trabajo, y aun cuando no lo confesara ni aun á sí misma, el corto sueño de felicidad de lady Dynecourt había terminado.

Si hubiese logrado el deseo de su corazón, si hubiera tenido un hijo á quien amar, quizás no habría vivido tan ensimismada en aquel solo tema; sus pensamientos hubieran sido más risue-

ños y felices. Su sueño había sido de amor y nada más.

Nada sienten las mujeres con mayor intensidad que el gradual desplome de un ídolo. Lady Clotilde había hecho un héroe de su amado, en su manera juvenil y romántica; le había atribuido grandes y nobles cualidades; veía desaparecer gradualmente estas cualidades, una por una; le había creído el cisma del honor y la verdad; había encontrado que no era más sincero que otros hombres; que aun cuando quizás le repugnase mancharse con lo que los hombres llaman una mentira, era culpable de las mismas evasivas y tergiversaciones que los demás. No era, en suma, un héroe, y después de algún tiempo se vió obligada á confesárselo á sí misma.

Lo que quizás la impresionaba más era su ligera manera de hablar de cosas que ella tenía en el más alto concepto. El amor no era sino un juego, una inconstancia, una cuestión de orgullo mejor que otra cosa; la infidelidad, una cosa corriente; y cuando una ó dos veces ella había expresado claramente que no le gustaba oír semejantes sentimientos, su marido se había echado á reír llamándola mojigata.

—Tú haces un drama de la vida, Clotilde,—le dijo una vez,—y todo el mundo sabe que es una farsa.

—Tú rebajas lo que yo honro más,—dijo ella fríamente.

Sin embargo, á pesar de esta intangible diferencia, de este algo sin nombre, no había entre ellos una divergencia declarada. Clotilde no era la única condenada á ver su vida vacía y desperdiciada; lo soportaba con paciente dignidad, y no murmuraba ni se quejaba. ¿Amaba menos á su marido por esto? Aquellos que comprenden bien el corazón femenino pueden responder.

El extraordinario parecido entre aquel niño y su esposo la llenó de admiración. El marido de Mrs. Rymer era, indudablemente, pariente de la familia Dynecourt. Quizás fuese de la rama más pobre y reciente. Resolvió hacer investigaciones sin pérdida de tiempo. Hubiera sido para ella una fuente de gran placer el poder encontrar la menor relación entre su marido y aquel niño; hasta podía conseguir que algún día lo adoptase lord Dynecourt.

Por lo tanto, hizo á Silvia muchas preguntas, y fué una fortuna que ella jamás hubiese oído á su esposo mencionarle nada de su familia. Lady Clotilde le dijo un día:

—Es muy extraño que su marido no le hablase á usted jamás de sus parientes ni amigos.

—Es extraño,—dijo Silvia,—pero así es.

—Supongo,—continuó lady Clotilde, que serían ustedes todo el mundo el uno para el otro.

—Así fué hasta que le perdí,—replicó Silvia. Lady Dynecourt resolvió no descansar hasta no hacer algo digno por la hermosa viuda y su hijo.

CAPITULO VIII

Las almas nobles tardan muy poco en reconocerse. Lady Clotilde no había tropezado con mujer alguna que le pareciese tan agradable, tan buena ni tan noble como la compañera de Mrs. Greville. Había en ella una rectitud de principios, una pureza de ideas, una innata nobleza y elevación de miras, que la granjeaban insensiblemente el aprecio de los buenos.

Jamás sociedad alguna le había encantado tanto como la de aquella hermosa, sencilla criatura, que se había educado por sí misma, y cuya distinción era uno de sus mayores encantos. La visitaba constantemente en casa de Mrs. Greville, y la risueña viuda no tenía celos en lo más mínimo, aun cuando viese que Silvia era el atractivo de lady Dynecourt y no ella. Solía reírse con su habitual cordialidad y decir:

—¡Ah, Silvia!... ¡Es usted lo precisamente bastante sentimental para hacer buenas migas con lady Dynecourt! Yo soy demasiado prosaica para ella.

Lady Clotilde parecía haber olvidado por completo la diferencia de posición entre ellas. No era posible que pudiese tratar á Silvia con más respeto y afecto que á ser su hermana, y Silvia, por su parte, le profesaba un cordial aprecio. No parecían jamás cansarse la una de la otra, aun cuando pasaban justas muchas horas.

Tan pronto como los proyectos de Mrs. Greville fueron llevados á la práctica, Silvia comenzó á hacer averiguaciones. Ni por casualidad había oído jamás mencionar el apellido Rymer. Ni era probable, pensó ella, que el desaparecido amante se moviese en semejantes círculos. ¿Cuán amargamente deploró no haberle preguntado más de su familia y de él mismo! No había decidido todavía lo que haría en caso de encontrarle. Lo único que quería era obligarle á confesar que el matrimonio era válido y que ella era su legítima esposa.

Con esto se contentaba; no deseaba nada más. Si después le ofrecía todo el dinero del mundo, ella lo rechazaría. No quería de él más que justicia, y, por bien de su hijo, estaba determinada á exigirla.

Había veces en que su corazón desfallecía ante lo infructuoso de sus pesquisas. Tan difícil era buscar un alfiler en una playa, como un hombre en Inglaterra, sin más dato que un apellido, que, según toda probabilidad, era un apellido falso.

Así, mientras no transcurría un sólo día sin que pasase dos ó tres horas con la esposa del que buscaba, mientras, sin conocerle, tenía su nombre cien veces en la boca cada día, se preguntaba cómo y cuándo empezaría sus pesquisas.

—No quiero nada de él,—se decía una vez y cien,—no quiero molestarle con mi presencia; pero es preciso, por Cirilo, que se me haga justicia.

No tenía fundamento alguno para apoyar la idea de que era en Londres donde debía buscar-

le; no podía explicarse la impresión, y, sin embargo, ésta era fuerte. Una mañana ocurriosele que podía consultar un libro de señas y profesiones de Londres, por si entre los Rymer encontraba alguno que tuviese probabilidades de ser él. La idea parecía como una inspiración. Una hora después estaba en un gabinete de lectura con el inmenso folio delante de sus ojos.

Encontró muchos Rymer, comerciantes de todas clases, fabricantes, médicos, un clérigo, y un abogado; "U. Rymer, Thavies Inn." Dejó el tomo, pues sus temblorosas manos no podían sostenerlo. "U. Rymer." La U respondía al nombre de Ulrico. ¡Así, pues, le había encontrado! Parecía, sin saber por qué, que su marido era abogado; pero no estaba segura.

"U. Rymer." Miró una vez, veinte, este nombre, experimentando mil dudas, mil deseos, mil temores. Nada podía devolvérsele, nada podía retornarle el héroe de su juventud, el amor de corazón; pero podía hacerse justicia á sí misma y á su hijo. Iría, pues, y si aquel U. Rymer era el hombre que se había casado con ella para abandonarla, le exigiría la restitución de su buen nombre.

Así, mientras Mrs. Greville estaba entretenida haciendo los honores á sus visitas, salió de casa, tomó un coche, y se hizo conducir á Thavies Inn. No conocía mucho de Londres y esperaba encontrar un grande é imponente edificio. Sorprendióla mucho el pobre aspecto de aquellas estrechas calles con ennegrecidas construcciones.

No le pareció lugar adecuado para el gallardo, distinguido U. Rymer que tanto había amado; pero, en fin, allí era y pronto saldría de dudas.

Examinó la casa número 102, un alto, negro, estrecho frontispicio, cuyas ventanas no debían haberse limpiado hacía muchos años. La casa era sucia, angostas las escaleras. Su atención se fijó en los nombres escritos en la puerta. Cuando vió el de Mr. U. Rymer, abogado, se recogió la ropa y echó escaleras arriba. ¡Y qué escalera! Mena de polvo, de telarañas, de trozos de papel. ¡Ah, seguramente Ulrico, su refinado y fastuoso Ulrico, no debía vivir allí; sintióse casi avergonzada de su expedición é inclinada á retroceder; además de lo cual, estaba desorientada. No encontraba el despacho.

En aquel momento, un hombre de buen porte, vestido con elegancia, pasó por su lado. Silvia le miró con tal fervor, que el otro se detuvo.

—¿Me hace usted el favor de indicarme el despacho de Mr. Rymer?—le preguntó Silvia.

—Con mucho gusto; de allí salgo. Tercera puerta de la derecha en el piso de arriba.

Subió de nuevo otras escaleras más sucias y más estrechas, y por fin vió ante ella el nombre que buscaba: U. Rymer. La puerta estaba cerrada y no se oía ningún ruido dentro.

¿Qué había á la otra parte? Cuando se abriese la puerta, ¿vería el hermoso, aristocrático semblante del hombre que creía ahora su esposo, ó vería el semblante de un extraño? Su corazón latió con tal violencia al hacerse la pregunta, que le pareció que las fuerzas iban á abandonarla. El cobarde temor era inútil, se dijo una y

otra vez, y, sin embargo, allí permanecía temblorosa, irresoluta.

Después, con resuelta mano, llamó á la puerta.

—Adelante,—dijeron de dentro, y Silvia empujó la puerta.

Al principio una bruma rojiza se cernía sobre todo, y ella no pudo ver con claridad. Luego aquella bruma se disipó y Silvia vió un caballero, un extraño, sentado frente á una mesita. El de la mesa se quedó mirando á la bella visitante.

—Quisiera ver á Mr. Rymer,—dijo Silvia con voz tenue y temblorosa.

—Yo soy Mr. Rymer,—dijo el otro levantándose y haciendo una cortés inclinación.—¿En qué puedo tener el placer de servirle?

—¿Usted es Mr. Rymer?—replicó Silvia.

—¡Ah, no! No era él. Gracias á Dios no era su Mr. Rymer! Pensó que si el tan amado, el tan conocido rostro, se le hubiese aparecido, ella habría rodado por el suelo muerta.

Miró al abogado fijamente; toda emoción y agitación habían desaparecido.

—Le ruego que me dispense,—dijo.—He cometido una equivocación. Ando buscando á un Mr. Rymer que conocí hace años, y al ver sus señas, quise ver.... Siento mucho haberle molestado.

Una franca, bondadosa sonrisa fué la respuesta: la sonrisa de un hombre honrado.

—Siento mucho,—dijo,—que no ocurriese el ser yo el Mr. Rymer que anda usted buscando; pero soy abogado. ¿Puedo servirle de algo en sus pesquisas... ofrecerle algún consejo?

Diciendo esto, colocó una silla para ella; y sus maneras eran tan buenas, tan respetuosas, tan tranquilizadoras, que Silvia la aceptó inmediatamente.

—No sé,—contestó titubeando,—qué consejo podría serme de utilidad. Perdí de vista á... á mi amigo, y el único dato que tengo es su apellido... Rymer.

—No es un apellido muy común,—dijo el abogado.

Ella le miró afirmativamente.

—En efecto, y eso me había hecho concebir más esperanzas,—dijo.

—En Londres hay pocos Rymer,—continuó el abogado,—pero asimismo no sería fácil dar con todos ellos.

—No he pensado todavía,—declaró Silvia,—si pediré ayuda en mis pesquisas. Lo pensaré y decidiré. Si me decido por ayuda, vendré á consultar con usted.

—Y yo tendré mucho gusto en hacer por usted lo que pueda,—contestó Mr. Rymer.

Y se separaron, complacidos el uno del otro.

CAPITULO IX

—Puede usted estar segura de una cosa, Silvia,—dijo lady Dynecourt,—que una verdadera dama, una verdadera mujer, no habla jamás de su marido á un tercero. La vida privada debe mantenerse en honesta reserva.

—Estamos enteramente de acuerdo,—dijo Silvia.

—He visto señoras... realmente tropiezo con ellas cada día... que hacen de las faltas y peculiaridades de sus maridos un tema común de conversación. Y por bellas, graciosas é inteligentes que sean, desde este momento pierden mi aprecio.

Las dos estaban sentadas en el "boudoir" de Mrs. Greville. Una estimación afectuosa se había desarrollado entre ellas, y lady Dynecourt contaba como uno de los mayores placeres de su vida aquella intimidad que le unía con Silvia.

Fra un extraño destino el que les había reunido. Una cruel especie de ironía cual la que había unido aquellos dos seres con lazos de caluroso y sincero afecto.

La season iba ya á su término, y á pesar de todos los esfuerzos de Silvia, no había logrado encontrar el menor rastro de su marido. Había hecho todo cuanto era posible; pero todas sus pesquisas habían resultado infructuosas en el objeto que era la mayor preocupación de su vida.

Después de pensar detenidamente la materia, resolvió no reclamar la asistencia legal. Si lo hacía así, tendría que revelar el secreto que había guardado tan escrupulosamente; y no era eso todo, sino que la ley es una máquina complicada, y una vez puesta en acción, es imposible decir cómo y cuándo se detendrá; podía acarrear serios peligros á la persona amada, á la cual, después de todo, sacrificaría su vida. Por lo tanto escribió al abogado comunicándole que no quería reclamar apoyo legal alguno; una especie que Mr. Rymer sintió mucho recibir, pues se le había despertado gran interés por la hermosa visitante.

Un sentimiento de desesperación se apoderó de ella al llegar la "season" á su fin, y ver que nada había conseguido. ¿Qué sería de continuar siempre así? ¿Qué si á pesar de su sed de justicia, de sus ansias por el bienestar de Cirilo, no le encontraba, no lograba verle nunca más? La sola idea hizo desfallecer su corazón y llenó su ser de indecible temor. ¿Y si el conocimiento de la validez de su matrimonio había venido demasiado tarde?

¿Cómo le era posible encontrar á aquel hombre en la vasta extensión del mundo? ¿Y cómo era posible volver á Lingholme en el mismo estado de vaguedad é incertidumbre?

Transeurriendo los días, el hechicero rostro perdió sus colores, y una cansada expresión se fué fijando en sus ojos. Mrs. Greville lo notó, pero no dijo nada. Había observado desde hacía mucho tiempo, que semejantes importunidades molestaban á Silvia. Lady Dynecourt lo notó también, y en su dulce, cariñosa manera, trató de reanimarla y distraerla.

Muchas señoras se habían reunido accidentalmente aquella mañana en el salón de Mrs. Greville, y lady Dynecourt era una de ellas. La conversación versó sobre los maridos, sus faltas y rarezas, y el mejor método de manejarlos. Mrs. Greville había escuchado y hablado con el jovial,

escepticismo que era natural en ella; lady Dynecourt había guardado un digno silencio que era una protesta.

Cuando la conversación le fué manifiestamente desagradable, con el pretexto de ver algunas flores en el "boudoir" de Mrs. Greville, salió del salón seguida de Silvia. Allí pronunció lady Dynecourt las palabras que encabezan este capítulo.

Hablar de su marido era una gran falta á los ojos de la digna y noble dama. Cuando mencionaba el nombre de lord Dynecourt, era siempre con el mayor respeto, una manera de proceder que inducía á que los demás la respetasen. Ni tenía escrúpulo en expresar francamente su opinión acerca de aquellas damas que publicaban lo que ella llamaba el sagrado secreto del hogar. Aquella mañana se dijeron muchas cosas que la apenaron. Lord Dynecourt estaba todavía en el extranjero. Hacía muchos meses que estaba en Austria, encargado de una misión diplomática. Al principio se creyó que sería cuestión de algunas semanas; pero las semanas se convirtieron en meses, y milord aun permanecería allí. Una ó dos señoras habían, como ellas creían, con mucha dulzura y delicadeza, tratado de abrir los ojos de lady Dynecourt, insinuando lo extraño que parecía tan prolongada ausencia; y aun cuando cada palabra atravesase su pecho como una daga, era demasiado orgullosa para contestar ni aun con una palabra; pero al verse sola con Silvia descubrió cuán profunda y apasionadamente aquella noble y orgullosa dama amaba á su marido. Silvia la miró con inconsciente reverencia.

—¿Cuántos deseos tengo de conocer á su marido, lady Dynecourt!—dijo.

—¿Por qué?—preguntó milady sonriendo.

—Porque tendré un placer conociendo al que ha conseguido granjearse tanto amor de su esposa. Me lo imagino como un príncipe entre los hombres.

Silvia no comprendió la pasajera nube que cruzó por el rostro de lady Clotilde, ni aquella expresión tan aproximada al llanto.

Lady Dynecourt sonrió al decir: —Es destino de algunas mujeres amar mucho y una sola vez... Yo soy una de esas.

—Pero ¿cuán pocos hombres existen dignos de semejante amor!—dijo Silvia.—Realmente, tengo grandes deseos de ver á lord Dynecourt.

Estas palabras sencillas como eran, tuvieron la virtud de aproximar aun más á aquellas dos mujeres. Las alabanzas, aun cuando no muy fundadas, de Silvia á su marido, deleitaron á lady Dynecourt.

—Según toda probabilidad,—dijo—su deseo quedará satisfecho. Tengo mis motivos para creer que lord Dynecourt estará en Londres antes de un mes.

¿Cuán poco soñaban lo que su venida iba á traerles! Después de esta conversación fueron más amigas que nunca. Un pequeño incidente trajo una confidencia entre ellas, que jamás hubiera sido sin ocurrir aquél.

Un Mr. Compton, pariente lejano de lady Dy-

necourt, conoció á Silvia y se enamoró perdidamente de ella. Era hombre de buena posición, de noble carácter, de grandes relaciones, y todo lo puso á los pies de Silvia.

Mrs. Greville sonrió cuando el enamorado le confió sus esperanzas. Tenía la idea de que aquello terminaría como habían terminado todas las tentativas amorosas para con Silvia: con una rotunda negativa por parte de ésta. Pero lady Dynecourt estaba más animada cuando Mr. Compton le habló del asunto y la pidió que la ayudase. Su deleite no reconoció límites.

—Nada mejor hubiese podido pedir,—dijo.—Quiero á Mrs. Rymer, y será un placer para mí tenerla por pariente. Le deseo á usted un éxito en sus aspiraciones amorosas.

—Pero usted me ayudará,—exclamó él nerviosamente.—Aun cuando la he manifestado mi amor de mil maneras, no me estimula en lo más mínimo; es como amar á obscuras.

La primera vez, después de esto, que lady Dynecourt vió á Silvia, la abrazó calurosamente.

—¿Va usted á hacer muy feliz á Mr. Compton, Silvia?—la preguntó gentilmente.—Me hará usted feliz á mí también.

Pero, muy lejos de parecer feliz, Silvia parecía grandemente apenada. Lady Clotilde le dijo seriamente:

—Silvia, usted no le rechazará; él la ama á usted mucho; la hará muy feliz; además... redóneme usted si le parece egoísta... entonces sería usted como de mi familia.

Silvia puso una mano en el brazo que la tenía estrechada.

—Recuerda usted, lady Dynecourt, las palabras que me dijo usted el otro día... "es destino de algunas mujeres amar mucho y una sola vez?"...

—Lo recuerdo, querida.

—Mi caso es ese. No puedo amar á nadie.

Pero lady Clotilde no pareció quedar satisfecha.

—A cada posición debe serle permitido algo,—dijo.—Dejemos el amor fuera de cuestión. Es usted joven y hermosa; necesita usted de un protector. Tiene usted un amadísimo hijo, el cual necesita una mano más fuerte que la de usted cuando sea mayor; déjese usted convencer, Silvia, y por bien de su hijo, vuelva á casarse. Le amo á usted tanto, que no insistiré, á menos de estar convencida de que es por su bien.

—Yo haré todo cuanto usted quiera, lady Clotilde, menos casarme. No... no me mire usted con esa austera gravedad. Si usted me lo permite, lady Clotilde, quiero contarle á usted la historia de mi vida, y luego usted juzgará.

CAPITULO

Mientras duró su vida, no olvidó Silvia aquel momento. Del salón llegaban risas argentinas, murmullo de musicales voces, sobresaliendo entre ellas la clara y distinta de Mrs. Greville. La fragancia de las flores exóticas embalsamaba el

aire. Delante de ella, en costosos búcaros, había una hilera de blancos lirios.

—Quiero contarle á usted la historia de mi vida.—dijo; y lady Clotilde la miró con la expresión del más profundo interés.

—De veras, Silvia? Puede usted confiar en mí seguramente. He amado á pocas como la he amado á usted, y no sé por qué, parece que su vida encierra un drama. . . . siempre lo he creído así.

Pero Silvia se había echado hacia atrás, pálida y temblorosa. ¿Qué clase de historia era la que iba á contar á una noble dama, cuyos oídos jamás habían sido conturbados con el conocimiento de las maldades del mundo? Y, sin embargo, ella, con toda la altivez de su dignidad, de su aristocrática pureza, no era más inocente é inculpable que lo era Silvia.

—Por qué temer?—se dijo.—Amé, tuve confianza, y fui engañada; pero fui inocente.

—Veo que está usted arrepentida.—dijo lady Clotilde.—No quiero inducirle, pero soy su verdadera amiga. Silvia, y me gustaría conocer la razón plausible de su negativa á casarse con Mr. Compton.

—Lo sabrá usted.—exclamó Silvia con súbita pasión.—aun cuando este conocimiento me costase lo que aprecio. . . . la buena opinión que le merezco.

—Esa jamás la perderá usted.—dijo lady Clotilde firmemente.—durará lo que mi vida.

—La razón porque no puedo casarme con Mr. Compton ú otro cualquiera.—dijo Silvia.—es que, aun cuando yo me llame viuda, creo que mi marido vive aún; y, aun cuando yo me crea sincera y realmente su esposa, el hombre á quien amaba y en quien fié me dijo que me había engañado. . . . que yo no era su esposa.

Hablaba rápidamente, con una especie de reprimida pasión, como si temiese las consecuencias de sus palabras, pero resuelta á pronunciarlas.

—Se quedará usted sorprendida.—continuó;—sorprendida y admirada; pero es mejor que conozca usted la verdad inmediatamente. Con frecuencia he deseado decirselo á usted. . . . con frecuencia me he preguntado si usted se cuidaría de mí después de conocer mi historia.

Por toda respuesta, lady Clotilde se inclinó hacia ella y le dió un beso.

—Más fácil me sería confundir una azucena con un hongo venenoso que creerla á usted desprovista de pureza y de bondad; ser engañada es un infortunio, no un crimen.

A Silvia se le llenaron los ojos de lágrimas al oír tan bondadosas palabras. ¡Cuán poco soñaba, la que las profería, que aquella á quien iban dirigidas, era víctima del esposo en quien creía él, y luego el cruel despertar, el golpe cruel.

—Ahora puedo decirselo á usted todo.—exclamó;—y hasta hoy no ha salido de mis labios una palabra de mi historia.

Mitad arrodillada, mitad sentada á los pies de lady Dyncourt, sus manos juntas, su hermoso rostro levantado con expresión suplicante, Silvia contó la historia de su vida. Era seme-

jante á un idilio, á una novela. La historia de su sencilla vida juvenil, pasada tan felizmente en la modesta casita de campo; la dorada luz de amor cuando se presentó su héroe; el gradual afecto que llegó á convertirse en adoración; el casamiento en la tranquila granja escocesa; el año de paraíso en que la tierra parecía un cielo; el nuevo amor y la felicidad que el niño trajo con él, y luego el cruel despertar, el golpe cruel. Lady Clotilde escuchó intensamente, su blanca mano descansando á intervalos sobre la blonda cabeza de Silvia ó acariciando su rostro.

—Fue cruel.—dijo en voz baja y sentida.—Uno de los actos más crueles que jamás se han cometido.

—A mí me fué doblemente cruel.—dijo Silvia con un sollozo.—porque era enteramente inesperado. Usted. . . . y perdóneme mi presunción de compararme con usted. . . . usted sabe cuán arraigada es su fe en su esposo y en su hogar. . . . la mía era tan firme. Usted comprende la angustia que se apoderaría de usted si su marido le escribiese diciéndole que su casamiento no era tal casamiento. Usted puede imaginar lo que haría. ¡Oh lady Clotilde, lo mismo era para mí!

—Me hubiese matado, sencillamente.—dijo lady Dyncourt;—no hubiese sobrevivido un sólo día.

—Así pensaba yo.—dijo Silvia gentilmente.—pero Dios es bueno y fuerte el apego á la vida. Quise morir. . . . Creí no poder sufrir el golpe. . . . y, sin embargo, estoy aquí, refiriéndole á usted mi historia, como si hubiese ocurrido á otra. Vergüenza, angustia y desesperación no siempre matan.

—No tenía usted sospechas de lo que iba á ocurrir, Silvia?—preguntó lady Clotilde.

—No, ninguna. Mi marido. . . . le daré siempre ese título, pues ante Dios es mi marido. . . . me dejó con una sonrisa y un beso, diciendo que volvería. . . . recuerdo las palabras. . . . á las cinco. Le esperé sin cesar, como espera usted el regreso de su marido, pero no le he vuelto á ver ya más. Recibí una carta que casi me volvió loca.

—¡Qué crueldad, qué falta de corazón!—dijo lady Clotilde.—Pero, Silvia, el hombre que obra así no es digno de que se le sienta. . . . no es digno sino de desprecio!

—No puedo remediar el amor que le tengo.—replicó Silvia gentilmente.—He tratado de despreciarlo, pero no puedo, porque. . . . creo que porque un día le amé tan entrañablemente. Trajo de decirme cuán despreciable, cuán cruel, cuán egoísta fué, pero hay una voz en mi corazón que aboga siempre por él. Es el padre de Cirilo, y eso no lo puedo olvidar yo nunca.

—Y no ha sabido usted nada de él desde entonces?

—No; he intentado hacer averiguaciones. Durante algún tiempo aquella cruel carta me dejó como abrumada. . . . ni aun me era dado pensar claramente. . . . y no me cupo la menor duda de que me había dicho la verdad. Años después, y por puro accidente, una cadena de circunstan-

CAPITULO XI

cias que no es necesario explicar, me hizo encontrar que me había engañado; que mi casamiento, celebrado según la ley escocesa, era perfectamente legal y válido; y que, si yo quería presentar mi demanda, se vería obligado á reconocermelo como su legítima esposa. Por mi parte, quizás no haría reclamación alguna; pero debo hacerla por bien de mi hijo.

—Haría usted muy mal en dejar eso de mano, Silvia.—dijo lady Dyncourt;—no sólo por su hijo, sino por usted también; es monstruoso que una joven vida como la de usted transcurra en esa incertidumbre. Está usted obligada, por honor y conciencia, á salir cuanto antes de esa situación anómala.

—Le he amado tanto.—dijo la joven,—que, á no ser por Cirilo, sufriría en silencio mi abandono.

—Entonces.—replicó lady Clotilde.—sea por quien fuere, ¿por qué no lo hace usted?

—Por la simple razón de que no puedo encontrarle.—contestó Silvia.—ni sé qué pasos dar para saber su paradero. Quizás encontraría alguna clave si mi historia fuese conocida. . . . pero, por su bien, no quiero hacerlo.

—Es usted débil.—exclamó lady Clotilde impetuosamente.—Semejante conducta como la suya no debe quedar impune. Ofende usted á todo nuestro sexo pasando eso en silencio ú olvido. Quizás si los hombres fuesen expuestos con más frecuencia á la vergüenza pública por acciones tan cobardes, se andarían con más tiento.

—No quiero castigarle.—dijo Silvia;—yo, que le he amado tanto, no quiero ocasionarle daño alguno.

—¿Qué rango. . . . qué posición ocupaba en el mundo, Silvia?—preguntó lady Dyncourt.

—No lo sé. Cuando uno ha sido engañado le es difícil creer en nada. Ahora que conozco más el mundo, me siento inclinada á creer que pertenecía á una clase elevada. . . . una clase que permitía satisfacer todos sus caprichos.

Un fuerte impulso se apoderó de lady Clotilde de preguntar á Silvia si no sospechaba que el apellido Rymer fuese falso; pero se contuvo, no queriendo saber más de lo que la joven le dijese voluntariamente.

—Ha tenido usted muchas ocasiones de tratar con gente de la buena sociedad.—dijo;—¿no ha visto usted á nadie que se le pareciese?

—No.—replicó Silvia;—era tan superior á los que he visto, como el sol es superior á las estrellas.

Lady Dyncourt sonrió ligeramente.

—Le amaba usted bien y la luz de amor brillaba en usted todavía.—dijo.

Pero Silvia, mirándola fijamente, dijo:—Lady Dyncourt, usted no tiene los conocimientos legales de un abogado, pero si el instinto de una noble y verdadera dama; ¿quiere usted contestar á una pregunta?

—Sí.—fué la quieta réplica,—si está á mi alcance.

Silvia hizo una pausa. Había sentido gran suspensión antes de que la respuesta del abogado llegase á su conocimiento; pero ahora su suspensión era mayor aún. Un abogado, pensaba, podía equivocarse, pero una noble y honrada mujer no podía equivocarse nunca. Una criatura como lady Dyncourt, cuyos corazón, mente y alma eran naturalmente nobles y delicados, debía tener más profundo y seguro instinto de las cosas, que muchos abogados.

—¿Quiere usted darme su franca y sincera opinión acerca de si cree usted legal ó no mi matrimonio?

—Si me refiere usted todos los detalles le daré mi opinión como la siento y sin distingos. Conozco muy poco de lo que constituye el matrimonio en algunos países; pero creo, de acuerdo con el mundo, que sé lo que constituye un casamiento ante Dios y los hombres.

Silvia le relató entonces todos los detalles, sin omitir ninguno, y lady Clotilde, sin soñar lo que estaba juzgando, dijo:

—Considero su casamiento tan legal como el que yo celebré en la catedral de Londres ante centenares de testigos.

—Siendo así, la duda no cruzará ya más por mi mente.—exclamó Silvia.

—Así es. La creo á usted tan esposa como me creo yo misma; y es preciso que no permanezca usted inactiva, Silvia; es necesario que inquiera usted, que dé pasos, porque así lo exigen la religión y la moralidad. ¡Qué cosa más horrible si el hombre que es su marido se hubiese casado otra vez!

El rostro de Silvia palideció.

—Y esto puede ser.—continuó lady Dyncourt;—¿piense usted, en ese caso, qué pena y qué vergüenza sobre inocentes cabezas! Usted debe evitar todo el daño que pueda, Silvia. ¿Tiene usted alguna idea de si puede ó no habersa casado?

Una vaga expresión de disgusto pasó por el rostro de la joven.

—Su pregunta de usted me hace concebir muchos ansiosos pensamientos.—contestó.—Cuando recibí aquella cruel carta, creí volverme loca. Y luego cuando recuperé sobre cada uno de sus extremos, encontré que no podía ser así. . . . que todo aquello era una pesadilla. Veces hay en que imagino que me decía que iba á Inglaterra á casarse con una dama de su clase; pero después pienso que debe ser una fantasía. Si fuese cierto y yo divulgase su falta, lady Clotilde, le pondría entre las inexorables garras de la justicia.

—Y haría usted perfectamente; la ley se ha hecho para esos casos. Debe usted pensar en los demás, Silvia. Si se ha casado otra vez, existe entonces otra mujer cruelmente engañada; una mujer que se creará su esposa, no siéndolo en mo-

do alguno. Las consecuencias del pecado son terribles y no terminan nunca.

—Sin embargo, yo no podría castigarle,—dijo Silvia en voz baja.—Creo, no digo que estoy segura, pero creo que si le encontrase casado y con hijos, tan sólo podría perdonarle. He saboreado las amarguras de la muerte. ¡Oh, lady Clotilde!... No diga usted que soy débil y loca... pero creo que pasaría por todo y me retiraría con mis agravios.

—No estamos conformes, Silvia.—replicó lady Dyncourt.—Amo la justicia á toda costa. La haría, aun cuando fuese contra mí.

—¡Oh, lady Clotilde! Pero ¡si tuviese el amor de otra mujer, si hubiese hecho á otra su esposa! Píense usted lo que sufriría la infeliz si esta culpa se hiciese pública.

—Ciertamente que sufriría. ¿No ha sufrido usted? Pero suponiendo que fuese una buena y digna mujer, ¿será usted que le agradecería que por su debilidad la dejase permanecer en una posición tan falsa y degradante?

—No lo sé.—fue la gentil respuesta.—Sería muy duro de soportar.

Lady Clotilde levantó la cabeza con el noble orgullo que le era peculiar.

—Pues yo,—dijo,—sé que preferiría vivir sufriendo á vivir engañada. Esto sí que sería duro de soportar. La posición de una persona engañada en cualquier punto de vital importancia, parece siempre, en este lo que cueste.

—Pero semejante sufrimiento, lady Clotilde!

—Mejor mil veces que ser constante víctima del engaño. Me pongo en el lugar de semejante mujer. ¿Sabe usted lo que haría, Silvia?

—Algo noble y grande, estoy segura,—dijo Silvia con vehemencia.

—Reconocería mi posición inmediatamente. Iría al hombre que había creído mi marido y le diría: "Ante Dios y ante los hombres, tu fe y tu nombre pertenecen á la mujer con quien casaste en Escocia, y, aun cuando mi corazón se parta, me desido de tí para siempre."

—¿Realmente haría usted eso?—preguntó Silvia.

—Sin ninguna vacilación. No estaría una hora más en su casa después de conocer la verdad.

Silvia suspiró profundamente.

—Yo no soy tan fuerte ni tan valerosa como usted,—dijo.—Usted es la más noble mujer que he conocido. Y dígame usted, lady Dyncourt: ¿me ama usted ahora tanto como antes de conocer mi historia?

Lady Clotilde sonrió.

—La amo mucho más, querida Silvia; pero no cesaré de inducirle á que pida usted justicia. Oigo que la visita de Mrs. Greville se está despidiendo. ¿Qué entrevista más larga hemos celebrado! Silvia, mi marido está para regresar, como ya he dicho á usted, y voy á restaurar la galería de pinturas y el salón. ¿Quiere venir á ayudarme con su consejo? Mrs. Greville me ha dicho que en Roma se hizo usted famosa por su buen gusto.

Silvia miró sonriendo á su noble amiga,

—No creo que fuese ni creo que seré famosa... soy sencillamente una florecilla en los linderos; pero, sea como fuese tendré un placer inmenso en ayudarla.

—Mi marido, antes de salir de Inglaterra,—continuó lady,—se hizo hacer su retrato por Winterbetter; aun no lo han enviado á casa, pero creo que lo tendré antes de que venga lord Dyncourt. He dado nueva colocación á todos los cuadros para dejarle un lugar preferente. ¿Por qué se sonríe usted, Silvia?

—Porque mi corazón se alegra cuando la oigo á usted... así como si escuchase una dulce música. Sepa usted, lady Dyncourt, que es usted la primera esposa feliz que he conocido... esposo y hogar... por eso prefiero oírle á usted, que escuchar la más dulce de las melodías.

Lady Clotilde ocultó un suspiro con una sonrisa.

—Usted ha visto el lado más negro de la vida. Ciertamente el destino le tendrá en perspectiva algo más risueño y brillante; no es imposible que figure usted un día en el capítulo de las esposas felices. No desespere usted nunca. Así, pues, ¿vendrá usted mañana á verme? Le suplicaré á Mrs. Greville que se pase sin usted algunos días.

—Esa es una placentera perspectiva,—dijo Silvia con un contento que lady Clotilde no había visto nunca en ella.

Y poco después volvieron al salón.

CAPITULO XII

Mrs. Greville sonrió cuando lady Dyncourt expuso su demanda.

—¿Separarme de Mrs. Rymer durante una semana entera?—dijo.—Desde que vive conmigo no ha estado jamás tanto tiempo fuera de casa. Sin embargo, aun cuando á duras penas, consiento, pues á usted no puedo yo negarle nada.

En cuanto á Silvia, el hecho de pasar una semana con una mujer que amaba tanto, y á la que estimaba como á nadie en el mundo, parecióle un reflejo del paraíso. Preparóse para su visita con un rostro tan feliz, que Mrs. Greville pretendió sentirse celosa por su decidida preferencia.

—¿Debiera usted fingir un poco de sentimiento por dejarme, Silvia,—dijo.—después de tanto tiempo de vivir juntas, debía usted creerse obligada á amarme.

Silvia se echó á reír, y era quizás la primera vez, durante aquellos años, que Mrs. Greville oía el sonido de su rica y argentina risa. Miróla con asombro.

—Su risa se parece al sonido de unos cascabeles de plata, Silvia,—dijo.—¿Cómo es que jamás la he oído?

—Usted ha sido muy buena para mí,—dijo Silvia con gratitud,—y siento apartarme de su lado, aun cuando sólo fuese por un día. Pero la mera idea de su carácter y el sentirse celosa me divierte.

—Es una suerte para mí que lady Dyncourt sea casada; á no serlo, no la dejaría marchar de su lado; pero Silvia,—continuó Mrs. Greville con mayor emoción de la que acostumbraba—recuerde usted que, en la fortuna ó en la desgracia, esta casa es la suya.

Y después, con estas palabras resonando en sus oídos, Silvia marchó á la casa que por derecho era suya, la casa donde debía desarrollarse el gran drama de su vida.

Fué un amargo, extraño destino el que la llevó allí, la casa donde el hombre que amaba había pasado la mitad de su vida, donde cada cuadro, cada obra de arte estaba, en cierto modo, relacionado con él; la casa que estaba relacionada con todo su pasado, donde el futuro debía ser todavía más trágico.

Ni la menor sospecha de la verdad ocurriosele al entrar en Dyncourt House; ni la menor sombra de lo que se aproximaba; ni la idea más remota que entraba por primera vez en la casa que, á hacersele justicia, era enteramente suya. Lady Dyncourt recibióla en un magnífico zaguán, donde príncipes reales habían echado una ojeada de admiración; donde el lujo y el arte reinaba á la par. Pensó que si la magnificencia proporcionaba felicidad, ésta debía encontrarse allí. Lady Dyncourt sonrió con cierta tristeza, al observar aquella admiración.

—¿Es la primera vez que viene usted aquí?—preguntó á Silvia.—¿Qué extraño que usted, que me ama tanto, no me haya visitado nunca!

No llamó criado alguno, sino que precedió á Silvia por las anchas escaleras, hasta su habitación. Allí le dijo con gentil tono

—He escogido para usted un lindo aposento al lado del mío. ¡Oh, Silvia! No quisiera que se separase usted ya de mi lado!

—Seguramente no necesita usted de una compañera,—dijo Silvia riendo.—Puede usted entretenerse muy bien mirando tan solo en torno suyo.

La expresión de tristeza que tantas veces había notado en el rostro de lady Clotilde pintóse en él nuevamente.

—Mi marido es muy bueno,—dijo,—mi casa muy bella, pero, Silvia... ¿no comprende usted que el silencio aquí no está jamás interrumpido por la voz de un niño? Sería feliz si Dios me hubiese concedido un hijo... uno tan sólo, á quien amase mi marido y mirase como su heredero. No hay para mí más triste silencio que el de una gran mansión donde no se oye una voz infantil.

Permaneció callada unos momentos, y después dijo:

—¿Vamos á la galería de pinturas? Allí están trabajando.

Dyncourt House no era fastuosa; el decorado era magnífico, pero elegido con el mejor gusto. No había nada que ofreciese la idea de extemporánea novedad. Era una casa de generaciones; los tesoros de arte allí acumulados llevaban el sello de muchos siglos; la idea de antigua grandeza fué lo que hizo que Silvia la encontrase muy diferente de todo lo que había visto. Una parte de la galería de pinturas estaba ya enteramente arreglada. El gusto de lady Dyncourt era dema-

siado depurado para permitir que allí se mezclase lo más mínimo que no estuviese en carácter. Los cuadros eran ricos, y las estatuas, copias magníficas de las obras maestras de la época clásica; los huecos estaban ocupados por jarrones con plantas exóticas; una alfombra de terciopelo carmesí cubría el entarimado; la luz penetraba por ventanas dispuestas para el mejor efecto. Silvia lanzó un grito de admiración al entrar en la galería, y el rostro de lady Dyncourt resplandeció de júbilo.

—¿Cree usted que le gustará?—preguntó con la impetuosidad de una niña.

Por un momento había olvidado Silvia al esposo ausente.

—¿Quién... él... lord Dyncourt?—dijo.—¿Quedará deleitado, indudablemente!

Después, lady Dyncourt la llevó á un hueco donde había el espacio suficiente para un anchuroso cuadro.

—Este es el lugar que destino para el retrato de mi marido,—dijo,—y sabe usted, Silvia, la extraña visión que tuve anoche, estando aquí? ¿Quiere usted que se la diga?

La profunda melancolía del tono oprimió el corazón de Silvia. ¿Qué derecho tenía aquella favorita de la suerte, hija querida, esposa adorada, la altiva, bella y distinguida dama, qué derecho tenía á estar melancólica?

—Sí, dígamele usted,—contestó,—las personas felices no tienen visiones nunca.

—¿De veras? Bueno, mi visión fué ésta: vi colgado aquí el retrato de mi marido... el hermoso sonriente rostro que amo tanto... y vi el pintado rostro de otra mujer á su lado... no era mi rostro; y después parecíame que aun cuando muerta hacía tiempo, permanecía yo aquí, una sombra gris y silenciosa... inadvertida de todos... y sin embargo, amando el retrato que estaba en la pared. Fué extraña fantasía, Silvia.

—Y nada más que una fantasía, lady Clotilde, nacida del crepúsculo y de las sombras... ni más ni menos.

—¿Sé que tiene usted razón; sin embargo, la idea me obsesa, y la tomo así como presentimiento de mi pronta muerte.

—Todo es un puro nerviosismo,—dijo Silvia categóricamente,—y he oído decir que la forma más común de las alteraciones nerviosas, es un intangible temor, sin el menor fundamento, de una próxima muerte.

El rostro de lady Clotilde se despreció.

—¿Es cosa corriente?—dijo.—Ah, entonces me alegro de habérselo dicho á usted. Temí que se riese usted de mis aprensiones. Empecé á sospechar que la galería no estuviese embriuada.

—Sí... embriuada por brillantes, felices, y hermosos recuerdos,—dijo Silvia con dulce risa, y luego ambas examinaron la galería de pinturas.

Había allí jovas de los antiguos maestros, y cuadros de modernos artistas; pero lo que más interesó á Silvia fueron los retratos de la familia: los guerreros, los hombres de Estado, los próceres que habían prestado grandes servicios al país.

—Hay un extraño parecido en todas las caras.